

“Yo” convertido en “nosotros”

Foto: Delghan Emmons. J. El Causa. UNESCO

La buena bicicleta

Estuve leyendo impresionado la experiencia “La buena pelea” de Matilde Joly para la revista de Suteba.

Recordé algunas cosas a propósito.

Por Eduardo Rosenzvaig

1. Guerra y educación

Hace pocos años encontré al actual gobernador de Tucumán, entonces senador nacional, en un negocio de bicicletas. Había engordado y quería pedalear unas cuadas a ver si bajaba kilos, así que compró la bicicleta más cara. Tenían que traerla de Buenos Aires, una norteamericana de 2.500 dólares. Supongo cuál fue su destino: tres días y quedó arumbada. Lo importante es la desigualdad.

Era la bicideta de la guerra. Un vehículo militar.

La desigualdad fue concebida por el neoliberalismo como una guerra. Sabemos que en toda guerra los primeros heridos son los niños. Están jugando en la calle, cae un misil y ya no existen más. Los que sobrevivieron, al día siguiente van a seguir jugando en la calle. Por algo son niños.

En Argentina hubo una guerra como en Irak. Sólo que los bombardeos eran sobre algo tan aparentemente abstracto como las relaciones de distribución de la riqueza. Fueron los bombardeos de la “bicicleta financiera” y la especulación barriendo con la cultura de producción, el saqueo de la deuda, los robos sonrientes de los poderosos sonrientes y, en fin, los millones de seres que quedaron con un taxi entre las ruinas, padres que tienen que abandonar a sus chicos para buscar un trabajo o una changa o un pedazo de pan o algo en las basuras. Después los otros, padres que trabajan catorce horas como los obreros de 1890. En cualquiera de las for-

mas, la guerra hizo que los chicos se quedaran sin padres. Padres que dejan el hogar para buscar algo entre escombros, y padres que regresan escombros del trabajo.

La escuela pasa, en estas condiciones, a refugio contra las bombas. Los maestros, como Matilde Joly, son defensores civiles organizando la vida en los refugios. La hacen habitable, vivible, incluso alegre. Organizan la participación de los refugiados, le dan sentido a los actos, crean, consiguen bicicletas que no existen, enseñan a pedalear en el aire. Lo único que le queda a los huérfanos de las catorce horas, es la escuela. Allí se refugian, comen, aprenden, socializan, viven y sobreviven. Es el deshecho de la guerra, pero también el devenir de la democracia. No existen más que ellos para el mañana por la mañana.

La experiencia de Matilde no sólo es la construcción de un alma para el refugio –tiene ella los heridos más heridos del conflicto–, es también la semilla de la autoestima que la maestra llama identidad. Se es uno en el auto-respeto, y el autorespeto nace del yo convertido en nosotros.

En una ciudad bombardeada hay que conocer los horarios de los trenes de antemano, los trayectos no minados para la bici, esos mapas urbanos, el tránsito en horas de sirenas, la colectoras de noche si no está iluminada, los camiones con acoplados si pasan a ras. El aprendizaje hecho en las condiciones de Bagdad cuando la televisión transmitía de noche, previo a la lluvia misilística de los Imperios. Los Derechos de los Niños y la Constitución Nacional.

La escuela-refugio está salvando a millones –no a millares– millones de niños. O debe salvarlos. No es suficiente. Debe educar ahora a estos sobrevivientes que van a construir el país y a sus organizaciones; reeducarnos con ellos en las razones de la guerra. Lo que no enseñemos en el refugio difícilmente lo aprenda el chico en la televisión. Las cláusulas de la barbarie siguen sin ser reconocidas por la inmensa mayoría.

Un senador con una bicicleta de 2.500 dólares para tres días o para cien, es una de las cláusulas.

Si en el refugio dejamos de enseñar el significado de la justicia o la historia del crimen de desigualdad, corremos el riesgo de un mañana con aviadores militares y estrategias de la misma guerra extendida. Es indudable que la educación está en el pizarrón y está en el ejemplo. Como el de Matilde, está en el alma.

2. Democracia y educación

Una nueva democracia implica elevación del nivel cultural de las poblaciones. Ya. Ciertamente esto es imposible sin un plan. Pero el plan lo construimos los educadores; nadie más si en verdad quiere ser un plan de educación.

Un plan económico es una premisa para una transformación cultural. Se empieza cambiando los guarismos de lo que el Producto Bruto Interno destine a la educación.

Lo que tenemos el hábito de llamar educación en un sentido estricto, no constituye más que una parte muy pequeña de la educación efectiva de todo hombre; las formas y contenidos de la vida cotidiana actúan poderosamente escribiendo Lukács. La formación interior del chico de la guerra estará marcada por Matilde, pero también por la policía de los ghettos. La educación debe contradecir a estas formas reales de vida. La violencia por doquier crea una subjetividad.



El capitalismo induce a un “individualismo zoológico” pero, al mismo tiempo, en el propio seno de esta sociedad el trabajo y la lucha por condiciones humanas de existencia pueden inducir a la solidaridad, aunque no siempre lo hagan. Depende de las condiciones históricas, culturales, tradiciones de esa misma lucha. Aquí ubicamos a la escuela. No hay otro lugar para ella, salvo la idea hipócrita de un establecimiento al margen del conflicto.

El problema educativo es, en esencia, el segundo gran problema de la democracia después del de las relaciones sociales establecidas sobre la propiedad y la distribución de la riqueza. A la guerra se opone otra democracia. Para esa otra democracia necesitamos la escuela comprometida en el conflicto, creadora de hombres que aprendan a nadar en el agua. ¿Cuál fue la educación de los millones de hombres y mujeres que sostuvieron a Menem?

La democracia formal, su ideología y subjetividad, llevaron a Menem. La democracia formal se constituyó en una de las tácticas del plan general de guerra. Cada vez más numerosas poblaciones y sectores de la sociedad liberados de la opresión ideológica neoliberal (“Doña Rosa”), exigen una democracia real. Tendríamos que examinar de nuevo el patrimonio entero de la evolución democrática del país, desde los ángulos político, social, jurídico y educativo por supuesto. Después de los sucesos decembristas de 2001, para la “clase dirigente” es muy difícil gobernar sin tener esas asambleas presentes como bandera o como castigo.

La decadencia ideológica de los imperios es más que notable, en ella hay algo de gigantesco ruidaje a derrumbe. Su proyecto para las regiones periféricas se basa en embrutecimientos colectivos de un lado, y del otro en intelectuales con sentido aristocrático de pertenencia y sus “vanguardismos” basados en copias de copias de originales centrales.

Cuando era chico soñaba con una bicicleta que armara yo mismo. Una buena, de carrera. Las partes de esa bicicleta están en el artículo de Matilde.